

NOTICIAS DE LIBROS

PAUL HENRI SPAAK: *Combates sin acabar*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1973, 542 pp.

Generalmente sabido es que el famoso político y diplomático belga Paul Henri Spaak destacó tanto en la determinación de los destinos de su país como en los asuntos mundiales. Respecto a éstos, participó en la creación de la ONU, en la cual actuó como presidente de la Asamblea Plenaria. También se recuerda que Spaak figuró entre los iniciadores de la Unidad Occidental Europea y fue uno de los colaboradores en la fundación de la OTAN, donde ostentó el cargo de secretario general, además de su actuación en el Mercado Común y de su pertenencia a la Real Academia de Bélgica.

El libro *Combates sin acabar* contiene las memorias de Paul Henri Spaak, referidas a más de treinta años, o sea, entre la primavera de 1936 y junio de 1966. Es decir, desde que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, antes de la II Guerra Mundial, hasta que pronunció su último discurso en la Cámara de Representantes de su país. Spaak falleció en Bruselas en junio de 1972. Hasta el último momento de su vida, uno de sus mayores empeños y sus mayores orgullos consistió en haber actuado tenaz y continuamente para asegurar la paz en Europa y la construcción de una Europa unida.

El libro *Combates sin acabar* contiene las memorias de la vida política de Spaak. Dichas memorias aparecieron originalmente

en lengua francesa el año 1969. La versión española de Espasa Calpe es su transcripción exacta. El texto de dichas memorias presenta, respecto a sus formas de exposición, un cuidado modelo de estilo, tanto por la intensidad como por la claridad. El libro contiene una relación muy detallada de los acontecimientos de índole internacional en que su autor fue tomando parte directa e indirecta. La relación sigue una estricta línea cronológica, pero está salpicada de anécdotas, precisiones y aportaciones documentales.

Después de un prólogo en el que Spaak partía desde el momento en el cual ocupó la cartera del Exterior en un Gobierno de Bélgica ya bajo amenaza hitleriana, el relato de los acontecimientos por orden cronológico ocupa siete partes sucesivas. Son la de la política de independencia nacional belga hasta los comienzos de la II Guerra Mundial; la de la actuación de Spaak en Londres y en contacto con Churchill; la de la creación de las Naciones Unidas como proyecto de organización del mundo. Luego la articulación de la defensa de Europa occidental; los planes para una «Europa unida»; la Alianza Atlántica, y el último ministerio del cual formó parte Spaak. Este sector comprende las crisis de la Alianza Atlántica y de la Comunidad Europea, que se produjeron en tiempo del general De Gaulle. Por último, como apéndice o epílo-

go, una referencia al último discurso que Paul Henri Spaak pronunció ante la Cámara de Representantes de Bélgica.

Al conjunto de las siete partes y los cincuenta y cinco capítulos se unen una selecta cronología (desde 1936 hasta 1966) y un índice onomástico.

En conjunto puede afirmarse que las memorias del famoso estadista belga constituyen una de las obras más destacadas entre la totalidad de los libros de memorias de personajes que han sido figuras salientes en la vida internacional de nuestro siglo xx y los procesos de articulación de los programas europeístas occidentales.

El momento final fue aquel en que al estallar la crisis de la OTAN después de la retirada de Francia, el Gobierno belga propuso que se aprobase la instalación en su suelo del cuartel general de las fuerzas aliadas, y contra esta proposición se alzó la opinión de la mayor parte de los diri-

gentes del partido socialista, del cual formaba parte Spaak. Al presentar la cuestión de la instalación de la OTAN ante el Consejo General del referido partido socialista, Spaak fue derrotado por aplastante mayoría (precisamente en el mismo recinto donde en otros tiempos había obtenido grandes triunfos). El siguiente día (16 de junio de 1966) se reunió la parlamentaria o Cámara de Representantes, ante la cual Spaak pronunció su último discurso, defendiendo la Alianza Atlántica. Luego votó a favor del Gobierno, y salió de la Cámara discretamente, cogido por su mujer por el brazo. Empezó una nueva y final etapa, que fue la de los recuerdos y su recopilación. Recuerdos de un hombre cuyas opiniones pudieron ser discutibles y hasta rebatibles en varios sentidos, pero que sin duda constituyó en su tiempo una figura mundial esencial.

R. G. B.

BERNARD FAY: *La guerra de los tres locos*, Organización Sala Editorial, 304 pp., Madrid, 1974.

Esta obra viene precedida de un sustancioso prólogo de José María Nin de Cardona, titulado «El presente europeo y sus problemas. Meditación en torno a la seguridad europea y el problema soviético». En realidad, Nin de Cardona—cuyo nombre resulta familiar a los lectores de esta Revista por sus excelentes críticas bibliográficas—, más que un prólogo ha efectuado un profundo ensayo acerca de la problemática política de la Europa actual. A través de veinticinco páginas analiza la «artificialidad» de algunas convicciones socio-políticas y socioeconómicas de nuestro continente. «Europa—dice Nin de Cardona—, excepción hecha de la idea del cristianismo, nunca ha tenido un motivo claro y definitivo para conseguir establecer una

base sólida de unión bajo la cual no existiese, más o menos encubierta, una estructura esencialmente política.» Más adelante nos dirá, con harto fundamento, que «toda la política internacional de Europa en la Edad Media gira alrededor de esta idea de mantener occidentalizado este baluarte [Rusia]. Logrado el propósito en el siglo xviii y durante el xix, Europa, al sentirse segura y sin amenazas exteriores, atendió más a sus rivalidades internas que al propósito de unidad... Y estas rivalidades, que condujeron a las dos guerras mundiales, han llevado a Europa a la pérdida de su glacis oriental. En la primera se desgajó de Europa. En la segunda se prestó a una unión circunstancial que le libró del peligro inmediato, y una vez que se alzó con los

beneficios de la victoria, se separó de nuevo». Después de analizar con perspicacia el panorama que hoy ofrece nuestro continente en el sector de la política internacional, puede afirmar que «en orden a una futura unión política europea todo está por decidir». Frente a esta situación expone las bases esenciales en las que se apoya la política soviética y explica las razones que fundamentan la «obsesión» del Kremlin por la seguridad europea.

Tras de este jugoso prólogo, Bernard Fay relata en su obra *La guerra de los tres locos* su personal experiencia de los dramáticos acontecimientos que jalonaron la II Guerra Mundial, aquel conflicto insensato que ha sentado las bases del declive europeo. En la opinión de Fay, el estallido bélico fue debido, fundamentalmente, a tres hombres nefastos: Hitler, Roosevelt y Stalin.

El primero era «un plebeyo mal constituido, feo hasta el ridículo, inculto y sin refinamiento. Se imponía a todos por su tensión interior. Su mirada, sus palabras y sus gestos imponían el terror. Algo pavoroso parecía estar siempre a punto de romperse en él y estallar, destruyendo todo lo que le rodeaba. Sin embargo, la serie de sus actos demostraba una continuidad sorprendente, un sentido justo de las necesidades populares, y sus logros le crearon un hado. Parecía colaborar con el destino o guiarlo a su grado. Ningún jefe democrático, ningún dictador correspondía de modo tan profundo con las masas populares de su país». Roosevelt, dominado por odios insanos y por una enfermiza y obsesionante admiración hacia Stalin y su régimen comunista —admiración que había sido alimentada por su esposa, Eleanor, y su íntimo consejero, Hopkins—, pretendía la bolchevización de Europa: «Contaba con ver a Stalin y gozaba con el pensamiento de que él, verdadero realista, se entendería bien con

el ruso, mientras que Churchill, demasiado idealista, no podría. Bien entendido, el Tío Joe cogería lo que quisiera de Europa. Nadie podía impedirsele. "Y, además, la población de Polonia oriental deseaba ser rusa." El cardenal [Spellman] aprovechó un momento en que su interlocutor tomaba aliento para decirle que los soviéticos preparaban para toda Europa gobiernos rojos; los anglosajones, ¿no intentarían, por su parte, instalar los que fuesen liberales? "No", exclamó Roosevelt. "Nada de eso. Toda Europa será bolchevizada, ¿por qué no? Los rusos han hecho magníficas realizaciones económicas. Su Hacienda es sana. Es natural que los países europeos tengan que sufrir cambios para adaptarse a Rusia... Los pueblos de Europa tendrán que soportar, simplemente, la dominación rusa, en la esperanza de que dentro de diez o veinte años sean capaces de vivir en paz con los rusos. Finalmente, los rusos tendrán un 40 por 100 de régimen capitalista, y... los capitalistas sólo conservarán un 60 por 100 de sus sistemas, y así será posible un acuerdo."» Finalmente, Stalin, el feroz sátrapa georgiano, que «gozaba de una locura más profunda y más serena. La manía sanguinaria. En cuanto se encontraba contrariado, mataba; tal era su reacción normal de hombre anormal. Cuando contaba a Churchill, mientras devoraba una cabeza de lechón, que la eliminación de los *kulaks* no había costado a la URSS más que 10 millones de hombres, y que, en fin de cuentas, sólo costaría una generación para sustituirlos, revelaba el género de locura que le dominaba y que no le impedía ser astuto ni jugar cauto, pero su locura lo dominaba porque no podía menos que exterminar a los 12.000 oficiales polacos de Katyn, lo cual era peligroso; ni proponer en Teherán, en un brindis, la matanza de 50.000 oficiales alemanes, lo cual era absurdo, pues era revelar su método, su locu-

NOTICIAS DE LIBROS

ra, ante unos aliados en los que no tenía confianza».

Los acontecimientos de la contienda, de la que fue testigo Fay en Francia, van desfilando por este libro sugestivo y bien escrito, que retiene la atención del lector hasta el final. Se asiste al drama de Francia, escindida en dos bloques hostiles, irreconciliables, al calvario personal del mariscal Petain, que pretendía obtener las mejores condiciones posibles después de una derrota militar que había sido gestada sin su intervención, y a la lucha enconada del general De Gaulle para imponerse a unos aliados que menospreciaban el papel de Francia y pretendían imponer soluciones

incompatibles a la dignidad gala. Es una obra apasionante, que brinda muchas reflexiones.

Está bien traducida por Eloy Fuente Herrero, con esmero y soltura, aunque podríamos reprochar la traducción de ciertas palabras y nombres propios que debían haberse conservado en el idioma original. Así, parece ocioso escribir Reino por Reich, Gufa por Führer, Dux por Duce, o Lenguadoc por Languedoc. Momparnaso, Lila, Bolofia, Corresa, etc., no armonizan con el relato, y en ocasiones pueden inducir a error al lector.

J. C. A.

GERARD LE QUANG: *Giap, o la guerra de un pueblo*, Barcelona, Dopesa, 1973. 200 pp. (Col. Grandes Biografías, 7).

No cabe duda que el general Giap, genio de la guerra en Indochina y genio de la guerra en la historia militar de todos los tiempos, se merece una «gran biografía»; la que presenta este libro no pasa de ser una adecuada biografía a nivel ensayístico, sin la más leve referencia bibliográfica, a no ser derivada del propio Giap (y de ello nos enteramos por el mero entrecomillado). Pero sitúa nítidamente al protagonista en su circunstancia más inmediata y apenas sin salirse de ella: las guerras indochinas a partir de la ocupación japonesa, y sobre todo contra los franceses y contra los norteamericanos, y como sustrato a todo esto, la circunstancia mínima de la situación vietnamita más o menos vislumbrada por esquemas marxistas. Pero no nos engañemos: como tantas claves del éxito de esta ideología, su capacidad movilizadora estriba en su fervoroso nacionalismo, que bajo situación colonial o neocolonial no ha hecho más que reanudarse, activándose al máximo. Pero la cosa venía de antiguo, de mil-

nios, como lo demuestra sus guerras defensivas contra la absorbente China.

La parte del león del libro, distribuido en dieciséis capítulos, se la lleva las guerras contra los franceses y la subsiguiente contra americanos y clientes arrojando al régimen survietnamita. En este sentido el lector se va a llevar cierta imagen de la capacidad militar de Giap, que si bien puede haberse popularizado por la guerra de guerrillas, sus impactos decisivos lo dieron la alineación de fuerzas regulares en grandes unidades. Desgraciadamente el libro no dispone de ningún mapa, ni gráfico, ni esquema, que para el lector debe ser siempre insustituible en tal tipo de lecturas. Por supuesto, un buen atlas le puede dar ciertas referencias, pero no le dirá nada de su innovación en la excavación de trincheras «perpendiculares» inauguradas en Dien Bien Phu. Igualmente acierta el libro en hacer hincapié en un aspecto poco tratado y que, sin embargo, es definitivo para explicarnos todo un proceso bélico, sobre todo cuando

cobra amplitud tan grande como el de Indochina: la logística. Ello nos da idea de cómo se pudo tener éxito en la campaña final contra los franceses, y más aún cómo pudo sostenerse y mantenerse este complejo sistema de avituallamiento que fue la pista (las pistas, sería mejor) Ho Chi Minh.

El libro llega a mayo de 1972, ya decretado el bloqueo del Norte por los americanos una vez desencadenada la gran ofensiva en múltiples frentes por Giap, en la que empleó con cierta profusión los blindados. Esta parte está mal apreciada. Porque, sin duda alguna, el peor defecto de la estrategia de Giap reside en apurar excesivamente en sus medios, a pesar de las bajas. Y esta vez los norvietnamitas salieron maltruchos de la prueba, por muy compensado que sea por el fervor posterior. Sin embar-

go, es curioso que ni siquiera mencione a la invasión survietnamita de Laos precisamente para cortar por vía directa, es decir, terrestre, la susodicha «pista Ho Chi Minh», verdadero cordón umbilical de todo el dispositivo de Giap. Y esto luvo lugar en los primeros meses de 1971. En cambio, menciona, aunque sin profundizar, el golpe de Estado de Camboya y la extensión de la guerra a aquella parte. Por todo lo dicho, el lector deberá hacerse a la idea de que a efectos prácticos el libro cubre bien hasta la ofensiva Tet de principios de 1968, que si bien constituyó una casi derrota militar para Giap, psicológicamente dio el giro a la guerra y decidió la retirada de los Estados Unidos a la larga.

T. M. V.

DUSTAN M. WAI: *The Southern Sudan (The Problem of National Integration)*, Frank Cass, London, 1973, 356 pp.

Cuando el 12 de marzo de 1972 fue firmado en Addis Abeba, y por mediación etíope, el texto definitivo para la reconciliación entre los gobernantes del Sudán y los jefes de la anterior insurrección que había sacudido durante diecisiete años las tres provincias sudanesas del Sur, pudo considerarse que se abría una etapa nueva, no sólo para el Sudán, sino para el continente africano entero. Respecto al Sudán mismo, tanto la duración de la lucha meridional como las cifras del medio millón de víctimas y un millón de fugitivos, habían sido la mayor traba para que la nación arabizada del Nilo central hubiese podido articularse y organizarse después de su independencia, proclamada en enero de 1956. En lo continental el acuerdo de Addis Abeba se consideró como un triunfo clave de la Organización de Unidad Africana (OUA), al suprimir el último foco de incompatibi-

lidad regional que quedaba entre poblaciones arabizadas y poblaciones incluidas dentro de las tendencias de la «negritud».

Desde aquella fecha de 1972 hasta hoy ha venido desarrollándose un régimen provisional de autonomía administrativa restringida para el núcleo de las tres provincias que estuvieron sublevadas, aunque como pausa de pacificación para permitir la reconstrucción regional antes de que las autoridades meridionales lleguen a funcionar automáticamente coordinadas con las autoridades centrales de Jartum. Primero había que reparar las pérdidas de la guerra civil; reinstalar a los antiguos refugiados en Uganda, Etiopía, Zaire, etc., e iniciar el acondicionamiento económico de todo el Sudán meridional, que se encuentra en tremendas condiciones de atraso. Esta es una labor a la cual han venido contribuyendo eficazmente las organizaciones especiales de

la ONU. Sobre todo el United Nations Development Programme (UNDP) enviando dinero, bienes de equipo y consejeros técnicos.

En lo político, el Gobierno regional del Sur, instalado en Juba, está presidido por un jefe sudista que, a su vez, es considerado como uno de los vicepresidentes de la República del Sudán en su conjunto. Dicho subgobierno del Sur viene funcionando en paz, puesto que sus cometidos siguen siendo de reconstrucción humana, así como de iniciar los aprovechamientos totales de las posibilidades para la agricultura y la industria. Pero queda la incógnita de saber si en el próximo futuro habrán quedado motivos de fricción entre los sudaneses del Norte y los del Sur.

El libro, editado y publicado en Londres por Dunstan M. Wai, sobre los problemas de la integración nacional sudanesa, responde principalmente a presentar los puntos de vista sudistas; por lo cual el tema que le sirve de subtítulo no queda abarcado en su conjunto. No obstante, presenta un indudable valor documental, aunque la compleja situación de una de las mayores encrucijadas internacionales del continente meridional sólo haya sido enfocada desde unos ángulos restringidos.

El autor, que personalmente es sudanés meridional, residente en Oxford, recoge unas muestras de ensayos de diversos portavoces populares sudistas, sea en pro o en contra de la integración federalista sudanesa en evolución. Uno de los ensayos producidos se debe a la pluma del presidente del Consejo Ejecutivo Provisional del Sur, el cual es un destacado jurista que trata con prudencia y moderación acerca de la paulatina adaptación del Sur a las líneas generales del estilo estatal del Norte. Hay varios testimonios de especialistas del Norte que argumentan en pro de que los sentimientos del arabismo y el africanismo no son irreconciliables. Escriben también un abogado de Uganda, un portavoz sudafricano y dos eruditos del Canadá. Al final se incluye una extensa parte documental, destacando la política respecto al Sur, que puso en marcha en 1969 el jefe del Estado sudanés, Gafar Nemeiri.

Al final se desprende la consecuencia de que el Sur sudanés no está arabizado ni quiere estarlo. Pero que ha renunciado al separatismo, estimando que el desarrollo nacional exige un empeño simultáneo constante.

R. G. B.

LEGAULT, ALBERT, y LINDSEY, GEORGE: *Dynamik des nuklearen Gleichgewichts*, Frankfurt/M., 1973, Alfred Metzner Verlag, VIII-192 pp.

El «equilibrio nuclear» como idea tiene un color sumamente positivo, mientras no se demuestre lo contrario, porque la «dinámica» del mismo introduce un factor un tanto complicado, ya que se trata de un sistema que requiere, prácticamente, todos los conocimientos adquiridos hasta ahora por el hombre y su ciencia, incluyendo símbolos matemáticos en cuanto a la agresión

o la defensa. Evidentemente, los autores de este trabajo conocen perfectamente la complejidad de la cuestión tratada, por cierto, desarrollada con prudencia y visión.

Veamos: entran en consideración armas nucleares, cohetes estratégicos de ataque y de defensa de tierra, mar y aire. Aparte figura la posibilidad de persuasión de distintas formas, siempre buscando algún que

otro medio de estabilidad y equilibrio. Tienen una gran importancia factores psicológicos desde el punto de vista teórico como práctico. Del contragolpe masivo se pasa a la persuasión realista, y es donde deberían nacer los presupuestos de equilibrio.

Otro paso consiste en el planteamiento del desarme y el control de las respectivas carreras de armamentos. Se incluye la situación actual de las negociaciones al respecto, su fondo, las posibilidades de control y averiguación, así como las posibles consecuencias. Sobre todo, las consecuencias...

Con toda razón los autores ponen de manifiesto que nuestra sociedad vive bajo el impacto de la existencia de armas nucleares y del estado actual en que se encuentra el llamado equilibrio nuclear. La idea como tal resulta ser positiva; sin embargo, el problema de por sí empieza a complicarse de tal manera que cualquier interesado serio puede verse desilusionado al tratar de contribuir a su solución ya desde el momento en que se enfrenta con la literatura disponible. Por cierto, dichas fuentes son abundantes, sólo que en la mayoría de los casos

están esparcidas en forma de artículos, estudios aislados, algunos libros o folletos; entonces es muy difícil hallar un denominador común para el conjunto de cuestiones relacionadas con la tecnología, estrategia, ética o las relaciones internacionales. Es un campo excesivamente amplio, y al mismo tiempo muy reducido. Los politólogos carecen de tiempo y dedicación para afrontar problemas referentes a la argumentación de los técnicos. Y viceversa, como si se tratase, en efecto, de dos mundos, o de dos culturas completamente distintas.

Legault y Lindsey presentan realidades tal como son. Ambos son canadienses, y como especialistas en este campo reúnen las condiciones necesarias para abordar hechos y problemas de carácter político y estratégico, respetando el fondo científico-natural de los mismos, conforme a las realidades indicadas. No es necesario que el interesado tenga conocimientos profundos de la técnica nuclear, pero sí una visión de lo que ésta pueda significar, positiva o negativamente, para la humanidad.

S. G.

KAL WAGENHEIM: *Perfil de Puerto Rico*, Barcelona, Ediciones Destino, 1973, 308 pp. (Col. Ser o no ser).

Este libro fue escrito y publicado en 1970 por un hombre de ascendencia germánica, casado con una portorriqueña de apellidos españoles. No se propone ser profundo, pero sí claro. Contra lo que podría suponer, este tipo de libros no abunda, y de atenernos a la «Presentación», alguien, portorriqueño y que sin duda debe ser muy enterado e hipersensible, se ha dignado responder de la calidad de la obra y de la buena voluntad del autor. Pero nos quedamos sin saber quién es el avalador.

Este libro-iniciación a Puerto Rico consta de una introducción, nueve capítulos —la zona del Caribe, geografía y ecología, historia, economía, gobierno, sociedad, diáspora, educación y cultura—, terminando con unas conclusiones, una breve cronología, numerosa bibliografía y cinco mapas. Los capítulos, por razones obvias, son de muy distinta extensión, cubriendo sesenta y cinco páginas la historia (que llega hasta el preludio de las elecciones de 1972) y media docena la diáspora.

Precisamente, en la medida que es un

libro que no aspira a ir lejos, pero sí tratar genéricamente todo lo sustancioso, logra sus propósitos. Algunas citas utilizadas por el autor desvelan y revelan el caso-estudio y raro caso que constituye Puerto Rico. René Marqués, escritor portorriqueño, ha escrito: «De verdad, ésta es una sociedad esquizofrénica. Los portorriqueños tienen dos lenguas, dos ciudadanías, dos filosofías básicas de la vida, dos banderas, dos himnos y dos lealtades. Y para un ser humano resulta muy difícil bandearse en medio de una ambivalencia semejante.» Todo esto es verdad, a excepción de lo esquizofrénico. De esto nada. La problemática del pueblo portorriqueño desde hace años, cuando consiguieron el autogobierno, estriba en coger la independencia con todos los riesgos, buenos y malos, que ello presupone, o simplemente seguir como siguen, es decir, flotando entre un anexionismo a USA o la autonomía. El sentir independentista queda para una minoría, no siempre uniforme, que se las ve y se las desea para conseguir erigirse como algo más que un mero grupúsculo. Esta es la gran realidad portorriqueña, a efectos políticos, con todos los peros que se quieran. Con ello la sociedad portorriqueña no hace sino seguir la vieja tradición, puesto que fue un dominio español tranquilo (el más tranquilo), aun comparándolo con Santo Domingo y Cuba. Cuando apenas consiguió la autonomía, los americanos desembarcaban en la isla, se apoderaban de ella con la paz y se la anexionaban. Todo esto les costó cuatro muertos. Lo que fracasaría sería su política de americanización, sobre todo a través de inyectar lengua inglesa. Si el activo español fue intenso, el reactivo a la larga de lo «hispanico» lo sería más. Pero sin que en ningún momento se fuera tan lejos como para pretender romper amarras. Es lo cultural lo

que imprime carácter a todo lo portorriqueño. Políticamente, las cosas no están tan lejos como hace medio siglo, dijera Luis Muñoz al Congreso USA: «El problema de Puerto Rico ofrece tres posibles soluciones: la proclamación del estatuto, que nos fusionaría con ustedes en la vida nacional; la concesión de la autonomía, que nos uniría a ustedes por un lazo sentimental y que sería un nexo para intercambios comerciales; y la concesión de la independencia..., que nos convertiría en los únicos propietarios de nuestro destino. De estas tres soluciones, preferiríamos la primera; proponemos la segunda y dejamos en reserva la tercera como último refugio de nuestro derecho y de nuestro honor.»

Una serie de pequeños errores salpican la obra. Los más notorios son los referidos a España: He aquí unos cuantos agrupados en unas pocas páginas: En 1837 España se dio una nueva Constitución y no proclamó la de Cádiz de 1812 (p. 70), Isabel II no fue destronada en 1871 (p. 74), la I República española no se derrumbó en 1875 (p. 75); más grave es creer en «los republicanos españoles, dirigidos por el primer ministro español, Antonio Cánovas del Castillo» (p. 76); definitivamente grave es pensar que tras la guerra hispano-norteamericana, los españoles, además de las islas, tuvieron que entregar 20 millones de dólares, cuando fue que ellos recibieron tal cantidad como indemnización (p. 79); algunos errores son de tipografía (la foto de la p. 81 sobre la «matanza de Ponce» fue en 1937 y no en 1837, es decir, que corrió a cargo de los liberadores estadounidenses; el traductor no puede confundir la isla de Anguilla con Angola (p. 33)...

T. M. V.

BICHARA KHADER: «Anatomía de Israel», *Almenara*, Madrid, 1974, 256 pp.

La revista técnica de estudios orientales en lengua española *Almenara* ha publicado un conjunto de cinco estudios monográficos sobre las estructuras de Israel, considerado desde un ángulo de análisis externo. El autor es Bichara Khader (mejor dicho, Bichara Jader), del Centre de Recherches Sur de Monde Arabe Contemporain, en Lovaina. Se trata de un investigador de orígenes arábigos, que no por eso es un autor deliberadamente parcial en contra de la realidad de la existencia del Estado sionista. Lo que ocurre es que aísla el examen de cinco de los fenómenos que en cierto modo representan las más agudas contradicciones entre el sistema teórico y el funcionamiento efectivo del Estado israelí. Sobre todo en lo que concierne al sistema de existencia de sus masas humanas.

Ha de tenerse en cuenta que las referidas contradicciones habían ya sido señaladas anteriormente desde diversos sectores judíos, de opiniones más o menos independientes dentro del mismo Israel. Algunas de dichas opiniones procedían de sectores políticos de la oposición contra el *establishment* oficial israelí. Pero también las había en sectores analíticos universitarios, e incluso en editoriales de publicaciones periódicas en idioma hebreo. De todos modos el hecho de comprobar las desigualdades existentes, puede ser útil, dejando a un lado los juicios sobre sus razones o sinrazones. En este sentido los cinco estudios de Bichara Jader tienen una evidente utilidad documental.

Dichos estudios van refiriéndose sucesivamente al problema de los denominados «judíos» orientales; el de los árabes que forman parte del Estado de Israel; el de las peculiaridades de la economía israelí;

el del funcionamiento de los «Kibbutz» y, por último, de la Histadrut como sindicato patrono.

Respecto a los judíos llamados «orientales» en Israel, ha de recordarse que comprenden los dos sectores de aquellos cuyo idioma familiar es o fue el español y de aquellos otros que tradicionalmente venían utilizando el árabe (y a veces el bereber). En realidad el mundo judío se ha compuesto de dos pueblos diferentes: el askenazi con raíces entre Rusia y Alemania, y el sefardí de los judíos con raíces mediterráneas. El movimiento sionista y la fundación del Estado de Israel fueron casi obra exclusiva de los askenazis (que se llaman a sí mismo «judíos europeos», aunque los sefardíes hayan tenido sus centros, después de España, en Francia, Holanda, Inglaterra y los Balcanes). Respecto a Israel, Bichara Jader hace notar que de 1881 a 1948, la afluencia a Palestina de judíos «orientales» era casi inexistente. El estado y la nación israelíes fueron obra de los askenazis; quienes después acapararon su dirección, sus privilegios y las mayores ventajas en puestos, sueldos y alojamientos. Cuando llegaron las masas de los «orientales» encontraron un vacío respecto a la mayor parte de las oportunidades.

El año 1970 había en Israel 1.230.000 judíos sefardíes y asimilados a ellos, o sea el 48 por 100 de la población total. Sin embargo, en conjunto, de la sociedad israelí sólo se les deja, en general, desempeñar tareas subalternas.

En el capítulo que trata de los árabes en Israel, esto se refiere precisamente a aquellos árabes palestinos (tanto musulmanes como cristianos) que quedaron integrados dentro de las fronteras israelíes desde 1967. En el libro de Bichara Jader se hace

NOTICIAS DE LIBROS

constar que la minoría árabe residente y ciudadana del Estado de Israel, sumaba 422.000 almas en 1970, juntando a cristianos e islámicos. Dichos árabes constituyen aproximadamente la séptima parte de la población israelí total; pero sufren también de bastantes restricciones. A veces consiguen trabajos en el mundo laboral, y tienen algunos diputados en el parlamento; pero no se les concede su personalidad política de Comunidad natural.

Respecto a la economía, el factor esencial consiste en que la sociedad israelí presenta desde muchos aspectos un carácter de «estación experimental», y que disfruta de privilegios únicos, bajo forma de inyecciones constantes y cuantiosas de capitales extranjeros. El déficit comercial es una constante de la vida económica de Israel desde su creación, y la balanza de pagos

es deficitaria desde hace veinticinco años. Pero el Estado israelí entre 1949 y 1968 recibió unos 7.500 millones de dólares de importaciones de bienes y servicios, que no tuvo que pagar ni compensar. En la constante afluencia de capitales predominan los estadounidenses y los de las comunidades judías mundiales. Con el exceso continuo de dinero ha podido impulsarse una economía, que crea fincas rurales (como los famosos «Kibbuzim» o granjas colectivas fortificadas). Aunque realmente esas fincas tienden a quedar absorbidas por un capitalismo estatal muy acentuado. El estatismo llega a absorber los servicios que en sus orígenes aseguraban las organizaciones de «pioneros» y la sindical «Histadrut».

R. G. B.

GUIDO GEROSA: *¿Quién mató a Ben Barka?*, Barcelona, Dopesa, 1973, 207 pp. (Col. Documento Periodístico, 46).

Francia es el país de los *affaires* o, por lo menos, cuando en algún país pasa algo serio, gordo y sucio que trascienda políticamente se le suele llamar *affaire*. El récord en calibre lo batió el de Dreyfus, pero fue un asunto esencialmente intranacional; el *affaire* Ben Barka estalló a caballo de 1965 y 1966, en plena campaña presidencial y sus postrimerías, enlodando terriblemente a la V República y trascendiendo el marco nacional al envolver la causa originaria de todo el horror: Marruecos. Ha hecho bien el autor en prolongar la cosa hasta el mismo día del suicidio del suicidado-asesinado-ejecutado general Oufkir, hombre fuerte del reino cherifiano y cerebro del atentado contra su rey y señor Hassán II.

El caso Ben Barka, ya llevado al cine, es de verdad repulsivo. Se trataba origi-

nalmente de liquidar al jefe de la oposición marroquí, un hombre verdaderamente fuera de serie, y no porque hubiera sido profesor de matemáticas del hijo y sucesor de Mohamed V. Toda la exquisitez intelectual y política de aquel hombre se daba invertido y hasta corregido y aumentado si cabe, pero en brutalidad, en el que sería su enemigo jurado, hombre de acción por excelencia y de una mentalidad y modo de hacer que entra, si no desborda, el marco renacentista italiano, que, cultura aparte, tanto sabía de dagas, veneno y estrangulamientos.

Hombres de confianza de Oufkir, general y ministro del Interior, entraron en contacto con personalidades secundarias de la vida pública francesa, que a su vez empalmaron con otros secundarios de «políticas paralelas» (surgidas para liquidar a la

NOTICIAS DE LIBROS

OAS, pero luego no fueron desmovilizadas) que, de acuerdo con superiores muy superiores, conectaron con gangsters de relieve para secuestrar en París a Ben Barka, a quien habían atraído con el pretexto de que les asesorase sobre una película acerca de la descolonización. La excusa para tanto subalterno era que se trataba de pactar con Ben Barka, a efectos de una posible participación en el poder. Pero Ben Barka fue vilmente asesinado, dejando notorios testigos por enmedio. Los marroquíes se la jugaron bien a la presuntamente immaculada V República. A niveles máximos y en Francia, el libro apenas llega. En Marruecos llega un poco más, pero la cobertura del asesino Oufkir por su rey, a quien luego tratará a su vez de eliminar, se ve más de cerca, precisamente, por tal inesperado giro.

La técnica del autor es cronológica, muchas veces al día, y en los momentos álgidos, incluso hora por hora, o menos. Consigue hacer vivir la tragedia. Pero es un libro típicamente periodístico que a su vez se ampara casi exclusivamente en artículos periodísticos de diarios franceses del momento. A estas alturas ya no es suficiente, pero es tremendamente práctico. De vez en cuando el autor habla por sí mismo. Refiriéndose a Ben Barka, señala: «Ha pa-

gado su error; es imperdonable que un revolucionario siga sin protestar a dos oficiales de policía». No estoy de acuerdo en jugar con tales categorías. Precisamente el que se entregara sin mayores preámbulos a dos policías franceses unas semanas después de haber hablado con el propio general De Gaulle, y teniendo en cuenta que no detuvieron simultáneamente al estudiante que acompañaba a Ben Barka y que sería quien, pasado el terror, lanzaría el grito de alerta a los medios de difusión, demuestra que todo parecía un mero trámite burocrático, sin más. Y esto lo constata el propio autor. Y ésta es la clave de todo. Ben Barka se entregaba en pleno centro de París, a plena luz del día. Y serían los marroquíes quienes desbordarían la cosa excrementándose sobre Francia. Y si no, me remito al propio Guido Gerosa, quien no duda en decir que de haber sido detenido Ben Barka y el estudiante que lo acompañaba, hubieran podido desaparecer sin dejar rastro. ¿Y quién no diría ahora que la CIA sería culpable? Al fin y al cabo el papel revolucionario de Ben Barka se cotizaba internacionalmente, incluyendo la propia Cuba, adonde debía encaminarse semanas más tarde como secretario de la Tricontinental.

T. M. V.

EDWARD L. MORSE: *Foreign Policy and Interdependence in Gaullist France*, Princeton, N. J., 1973, Princeton University Press, xiv-336 pp.

La política exterior francesa del general De Gaulle, de los años sesenta, se basaba en una serie de ideales anacrónicos de su protagonista. El autor arguye que, de hecho, la política exterior de todos los países altamente modernizados es tan similar que puede ser descrita o expuesta mediante una teoría general de interdepen-

dencia. Se sirve de Francia como modelo de su estudio y llega a probar que lo fascinante de la política exterior francesa de los años en cuestión se debía a la manera de comportamiento del presidente al irrumper en los contradictorios focos de los problemas de interdependencia de los Estados identificados como nación. Realmente, la

identificación Estado-Nación, Nación-Estado no es un fenómeno nuevo, sobre todo en el caso de Francia, ni mucho menos. Tiene su trasfondo histórico comprobado y comprobable, sobre el que se justifica, entre otras cosas, la extensión territorial de la Francia actual, cuyos artífices iniciales y hasta principales eran Mazarino y Richelieu. *La grandeza de Francia, tal como la concibió De Gaulle*, giraba en torno a este fenómeno.

El autor examina, primero, los presupuestos de una teoría de la conducta político-exterior en una sociedad altamente moderna, y, segundo, se refiere a las características de la política exterior gaullista como erosión entre la política exterior e interior en cuanto a la respectiva diferenciación. Por supuesto, la soberanía nacional es un concepto que defienden todos los regímenes; sin embargo, la teoría difiere considerable, si no radicalmente de la realidad impuesta por la existencia de otras sociedades similares, que también reivindican para sí la aplicación del concepto de su propia soberanía nacional o estatal. Especialmente desde el punto de vista económico-internacional. Y aquí está el núcleo de la problemática: cada vez más se impone la interdependencia económica a escala mun-

dial. Quiérase o no, este hecho influye en la estructuración de la política pretendidamente autonomista o independista de un país u otro.

La era político-exterior gaullista engendra una serie de actividades, en cuyo marco se manifiesta la importancia cada vez más creciente de la política exterior, llevada a cabo desde las posiciones «fuertes» que son posiciones gubernamentales, es decir, De Gaulle introdujo en Francia las prioridades del Gobierno en el campo de la política exterior, practicadas por su sucesor, Georges Pompidou y, según parece, reforzadas por el nuevo presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing, aunque en estrecha colaboración interdependista con la República Federal de Alemania. Hoy día, ningún francés pretendería aislar a su país respecto del exterior, a pesar de que su política exterior resulte un tanto anacrónica, y es cierto.

El autor ofrece un aspecto muy importante en la política exterior de la Francia gaullista que acaba de desaparecer. El libro fue preparado bajo los auspicios del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Princeton.

S. G.

FRANCIS DVORNIK: *Gli Slavi. Storia e civiltà dalle origini al secolo XIII*, Padova, 1974, Liviana Editrice, xx-397 pp.

Entre los países latinos, Francia e Italia encabezan la promoción de conocimientos generales y obras científicas sobre el mundo eslavo. Si en España existe una división global de los eslavos, es a través de los escritos franceses, relativamente abundantes ya a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, esta vez el

autor es de origen checo y profesor en la Universidad de Harvard, de Washington.

La presente obra, científicamente sólida, pretende recoger lo más objetivamente posible la historia y civilización de los pueblos eslavos, desde sus orígenes hasta el siglo XIII: Se exploran fuentes antiguas y recientes de la más diversa procedencia,

NOTICIAS DE LIBROS

siendo de gran importancia fuentes romanas y griegas.

La investigación comprende toda la zona europea repartida entre tres grandes áreas: 1. *Eslavos orientales*, rusos, bielorrusos y ucranianos. 2. *Eslavos occidentales*, polacos, eslovacos, checos y serbios lusicianos (en el territorio de la RDA). 3. *Eslavos meridionales*, eslovenos, croatas, serbios y búlgaros, estando enclavados dentro de los siguientes Estados: la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Bulgaria. Los eslavos occidentales y meridionales quedaron separados por una franja étnicamente compuesta por el elemento germano (Austria), magiar (Hungría) y latino (Rumanía). La situación geográfica está delimitada más o menos por el triángulo: Mar Negro-Báltico-Adriático.

La versión italiana del original: *The Slavs. Their Early History and Civilization*, Boston, 1954, corre a cargo de otro eslavo, Milan S. Durica, concretamente eslovaco, profesor de la historia de la Europa Oriental en la Universidad de Padova. Es, en realidad, una introducción a la historia del mundo eslavo y de su papel desempe-

ñado en la evolución política y cultural de Europa, especialmente en relación con la historia latina desde los tiempos del Imperio Romano, cuyo impacto sobre los eslavos, en primer lugar, los del Sur, era enorme. Por otra parte, Bizancio dejó una profunda huella en los eslavos orientales, agrupados en torno al símbolo que siempre constituía Moscú.

La obra facilita un amplio fondo de conocimientos y fuentes del más diverso origen y está destinada a las nuevas generaciones de investigadores, encargados por su misión histórica de reestructurar las relaciones entre los pueblos europeos sobre la base de las realidades. En este caso se trata de conocer la historia no solamente de los eslavos en su conjunto, sino ante todo de cada pueblo eslavo en particular, ya que la evolución de los mismos era también particular a través de las dos grandes civilizaciones: cristiano-ortodoxa, por un lado, y cristiano-católica, por otro. Creemos que el autor ofrece en tal sentido lo mejor que existe en la literatura internacional.

S. G.

EDUARDO VÁZQUEZ BOTE: *Derecho civil de Puerto Rico*, tomo III, vol. 1, Old San Juan, 1973, FAS, Ediciones Jurídicas, 588 pp.

En el número 125/1973 de esta REVISTA hemos comentado el primer tomo de la presente obra diciendo que el joven profesor Vázquez (español) acaba de realizar una obra que, sin duda alguna, será bien recibida también en España. Y se lo merece, en primer lugar el propio Puerto Rico, donde siguen siendo vivos los valores de la Hispanidad, a pesar de su vinculación política y económica a los Estados Unidos.

Esta vez nos queda por señalar, brevemente, la estructura del presente tomo, muy metódico y exhaustivo: en primer lugar, el

autor trata las obligaciones como teoría general: el denominado derecho de obligaciones, concepto y naturaleza de la obligación, las fuentes de las obligaciones, sus clases, concurso de sujetos, la unidad o la pluralidad del objeto, la prestación, el cumplimiento normal y anormal, la transmisión y la extinción de las obligaciones en sus distintas formas; en segundo lugar, Vázquez se ocupa de la teoría general del contrato en cuanto a: concepto y sistemas de contratación, elementos y presupuestos, asimismo interpretación del contrato, pro-

NOTICIAS DE LIBROS

ceso de formación del mismo, su obligatoriedad y la problemática de la clasificación de las relaciones contractuales.

Junto a la exposición, el autor, siempre teniendo presente las necesidades del profesorado y del alumnado universitario, ofre-

ce un fondo sorprendentemente copioso en bibliografía, con lo cual el manejo de la misma traspasa los límites de la Universidad, puesto que su utilidad para los juristas es prácticamente incalculable.

S. G.

The Europa Year Book 1973: A World Survey volume I, part I: «International Organizations»; part II: «Europe». London, 1973, Europa Publications Ltd., XXI-1546 pp.

En 1926 empezó a publicarse el presente Anuario aportando, año tras año, al mundo político, económico, social, cultural, etc., nuevos datos de referencia y orientación en forma enciclopédica, hecho que actualiza el quehacer humano tanto en lo positivo como en lo negativo. Completa, de esta manera, los anuarios publicados regularmente por diferentes organismos internacionales y nacionales, siempre destinados al gran público de investigadores.

Este primer volumen se refiere a organizaciones internacionales y, a continuación, se ocupa detalladamente de los países o Estados europeos, incluyendo a la URSS y Turquía.

La primera parte recoge todos los datos

relacionados con la ONU, sus organismos; asimismo con las Comunidades Europeas y sus actividades; en este sentido, el servicio es exhaustivo y valioso para cualquier campo de investigación. En la segunda parte se abordan todos los países europeos en forma habitual, desde Albania hasta Yugoslavia.

Entre otras organizaciones internacionales constan, por ejemplo, la OTAN, el Pacto de Varsovia, el CENTO, la SEATO, el COMECON, la OEA, el ANZUS, la ALALC, la EFTA, etc...; la lista es completa, puesto que aparte de la ONU y todos sus organismos, igual que de la CEE y sus actividades figuran más de 1.500 organizaciones de distinta índole.

S. G.